

TOMAS MALDONADO: "DEMOCRACIA, UN DESORDEN FECUNDO"

Aun con sabor a locura, utopía o sueño, en un país donde el largo plazo es hoy, proyecto y diseño son palabras que trascienden los límites de la arquitectura para internarse en los terrenos de la política.

Tomás Maldonado abandonó la Argentina en 1954, a los 32 años, a raíz de una invitación para formar parte de la Escuela de Ulm. El proyecto se planteaba como continuación de la Bauhaus, cerrada por los nazis en 1933.

Terminada la guerra, las fuerzas de ocupación intentaban restablecer las instituciones culturales suprimidas e incorporaban profesores extranjeros, en parte porque no había un número suficiente de profesionales alemanes aptos, y en parte también para evitar formas de chauvinismo de la tradición germana. El profesor Maldonado se sumó entonces al grupo fundador de Ulm, universidad piloto dedicada a los problemas de la proyectación, sostenida en lo económico por una fundación y con amplio reconocimiento del Estado Federal.

Los diversos departamentos abarcaban el diseño industrial, la industrialización de la construcción, la comunicación visual y la información. La Escuela tuvo un papel determinante en la reconstrucción de Alemania: de ella surgieron gran parte de los productos más conocidos de su industria y que sustituyeron la producción devastada durante la guerra.

Además tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de las comunicaciones —el cine, la radio, la televisión, la gráfica— y funcionó como centro de elaboración de métodos didácticos y pedagógicos para la proyectación.

En 1968 fue cerrada por motivos económicos y políticos: sus integrantes habían adoptado una posición clara y crítica con respecto a la política nacional e internacional —como la Guerra de Vietnam— y se ganaron la antipatía de la administración provincial, por entonces

una de sus fuentes económicas principales. Maldonado partió entonces a Estados Unidos, invitado por la Universidad de Princeton, donde lo nombraron miembro del Consejo de Humanidad y profesor de la Facultad de Arquitectura. Pero finalmente decidió volver a Europa e instalarse en Italia. Durante once años ocupó en la Universidad de Bologna la cátedra de Proyectación Ambiental, desde este año transferida al Politécnico de Milán.

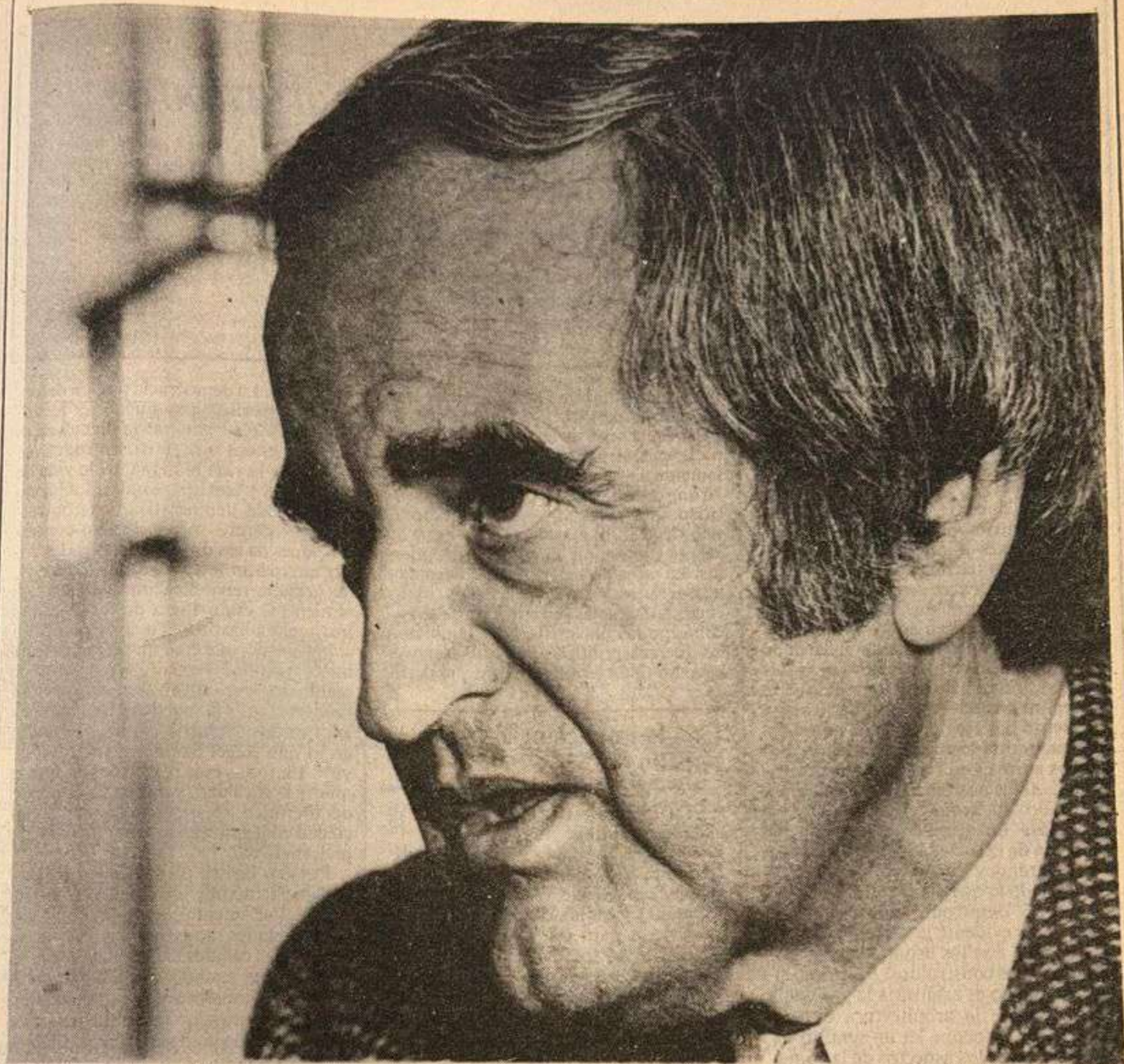
—Con respecto al cierre de la Escuela de Ulm, pareciera que se reitera a lo largo de la historia una situación conflictiva entre el poder y la cultura. Cada vez que la cultura consigue tomar cierta autonomía como institución para el diseño y la programación del futuro, entra en conflicto con el poder.

—Sí, ha ocurrido muy frecuentemente que las fuerzas culturales entren en conflicto con el poder social, o político, o económico, pero no creo que siempre por los mismos motivos. Las razones que llevaron a la clausura de la Bauhaus en 1933 tienen una cierta similitud con las que produjeron el cierre de la Escuela de Ulm en 1968, pero es totalmente accidental. Son otras épocas, otros momentos históricos. En Ulm no teníamos el nazismo frente a nosotros, teníamos el "milagro alemán", el neocapitalismo, que en parte también hemos ayudado a construir. En 1968 nosotros —y también los estudiantes— sentimos una gran necesidad de adoptar una posición más crítica respecto de la sociedad y de ese milagro, ese gran fenómeno que fue el neocapitalismo alemán, el único neocapitalismo verdaderamente realizado en Europa.

Entonces emergieron una serie de conflictos y dificultades. Sí, algunas veces eso ocurre, sobre todo cuando los hombres de cultura actúan en el interior de instituciones; hay más tolerancia para las contestaciones individuales. Pero yo no pertenezco al grupo de los intelectuales que parten por principio de una actitud de contestación. Yo soy un proyectista, parto de la convicción de que es posible intervenir en las estructuras y en situaciones y organizaciones institucionales, que tal vez desde un punto de vista teórico no sean absolutamente convincentes. Yo les he hablado a los alumnos de mi curso de la necesidad muchas veces de *cavalcare il tigre* —esa expresión tan italiana—, "cabalgar en el tigre", es decir, no se trata de contraponerse frontalmente a los procesos sino de intentar cabalgar en ellos. Esto nos lleva también a temáticas actuales del país.

—¿Cuál fue precisamente el motivo de tu venida?

—Fui invitado por la Facultad de Arquitectura para participar de una serie de encuentros y reuniones relativas a la reforma del plan de estudio de la Facultad. Además, he sido el primer invitado a una nueva cátedra, la Domingo Faustino Sarmiento, dedicada al estudio de las distintas formas de cultura, y cuyo director es Escardó. Tiene un valor interesante, simbólico: tratar de invitar a muchos de los argentinos que han trabajado académicamente en el extranjero. Para mí ha sido una gran satisfacción, porque es una forma de recuperar una tradición progresista, que en cierta medida y ciertos momentos Sarmiento representó y que fue siempre difamada por toda la tradición de derecha y reaccionaria del país.



“La impaciencia es siempre reaccionaria.”

Volviendo al tema de la Facultad, creo que se está trabajando muy seriamente para encarar una reforma muy realista y también muy ambiciosa. La de Arquitectura es una de las facultades que más ha sufrido el impacto devastador de la dictadura; creo que la otra es, probablemente, la de Ciencias. Eso para mí no es casual, es fundamental para el diseño de la dictadura golpear los dos centros universitarios: el que puede contribuir a la formación técnico-científica del país y el único donde existe —fuera de ingeniería— ese ingrediente proyectual.

La tentativa fue neutralizar, desorganizar y humillar las dos grandes vertientes

de una posible reconstrucción democrática del país. Esas son las dos grandes dificultades que tiene hoy la Argentina: reconstruir sus recursos técnico-científicos y sus recursos técnico-proyectuales.

La Facultad de Arquitectura presenta también problemas endógenos: es una institución un poco anacrónica y con un elevadísimo costo social, se gradúan muchísimos arquitectos que no encuentran una salida laboral. Se está pensando diversificar la carrera con orientaciones, que los estudiantes podrían elegir después de uno o dos años, para especializarse en distintas áreas. Además, la arquitectura puede propulsar la cre-

ación de otras carreras en su mismo contexto, pero no orientadas a la producción de arquitectos, como la carrera de proyectación para la industria, que podría tener dos componentes: el de diseño industrial y el de proyectación de componentes para la industrialización de la construcción.

En las discusiones de la comisión también se habló de otra carrera: la de comunicación de masas. Creo que uno de los grandes problemas que tiene el país y su reconstrucción democrática es la falta de un organismo coordinado que sea capaz de ofrecer una visión global de la comunicación de masas. Existen algunas escuelas que se ocupan de comuni-



“Yo no pertenezco al grupo de intelectuales que parten por principio de una actitud de contestación.”

cación visual, de gráfica, de periodismo... Pero no hay ninguna que agrupe todas las manifestaciones, las técnicas, las metodologías y los medios.

—¿Por qué en la Facultad de Arquitectura?

—Creo que no es una idea arbitraria. El gran matrimonio técnico entre telecomunicaciones e informática y el nacimiento de la telemática evidencian que hay una tendencia general del mundo contemporáneo a que todas las transformaciones operen sobre la información. También el ambiente construido es un tejido de comunicación, de información. Los medios de comunicación tienen un impacto extraordinario sobre él; pienso por ejemplo en una nueva organización de los establecimientos humanos a través de la informática distribuida, en las posibilidades de trabajo a domicilio. **La arquitectura no debe ser concebida independientemente de los procesos de la sociedad:** ése ha sido uno de los grandes errores. Si se tiene en cuenta todo lo que ocurre en la sociedad civil —los desarrollos políticos y sociales—, es evidente la necesidad de comunicación con los usuarios de los posibles objetos construidos. Entonces diríamos que no es arbitraria la presencia en el área de la arquitectura de una carrera que se ocupe en un sentido integral de todos los aspectos de la comunicación de masas. Por otra parte, sería importantísimo para el país en su proceso democrático; por razones obvias, la dictadura ha evitado el desarrollo y la investigación del área de la comunicación de masas. La penetración cultural, las maniobras para incorporar valores de culturas extrañas a través de la televisión, son más fáciles por la pasividad creativa y proyectual de la comunicación de masas de los países que reciben ese impacto. Es necesario modernizar, proveer una formación de nivel universitario para favorecer la investigación y la creatividad en esta área.

—¿Pensás que esto va a ser implementado en Argentina?

—Creo que depende un poco de que este problema y esta posibilidad sean bien comprendidos en los niveles de decisión. Pero soy optimista, creo que es una idea políticamente fuerte, porque

puede constituir uno de los grandes factores de modernización democrática del país. En la serie de contactos que he tenido, encontré gran receptividad, no solamente de los colegas de la Facultad de Arquitectura, sino también en las autoridades, a nivel universitario. Ahora, uno tiene el rol más fácil, el de venir de afuera y presentar una serie de propuestas. La tarea de ver que ese problema es importante y favorecer esas ideas corresponde a las autoridades de la Facultad, a las universitarias y también a las fuerzas políticas que gobiernan el país. Mi tarea termina el día de mi partida.

Con la impaciencia en el bolsillo

—¿Qué impresión te llevás de la situación argentina?

—Tal vez por haber vivido y trabajado treinta años fuera del país me falte lo que tiene mucha gente que se ha quedado, vivido y trabajado aquí: una cierta emotividad para ver las cosas. Yo las veo con cierta frialdad, no frialdad burocrática o tecnocrática, sino en el sentido de una cierta distancia, y eso puede ser una desventaja en la percepción de los fenómenos sociales, políticos y culturales. Pero también puede ser una ventaja: con una posición que no es emocional, al no haber vivido todas las situaciones tremendas que ha vivido el país, y las esperanzas de estos primeros meses de democratización, me parece que hago una evaluación más objetiva. Por esa misma razón yo no tengo la impaciencia de muchos de los que están aquí, y no sólo por no vivir aquí, sino por mi propia visión de la política: **para mí la impaciencia es siempre reaccionaria.** No es que quiera adoptar una posición de sabiduría casi oriental de los procesos de la sociedad, pero creo que **la democracia implica un aumento de la complejidad.**

La solución autoritaria siempre ha tendido a reducir drásticamente y autoritariamente la complejidad. Yo insisto y repito que la democracia no viene a traer orden sino desorden, un desorden distinto del que han traído los militares y la

dictadura. La democracia trae un desorden que teóricamente puede ser fecundo; el desorden que trae la dictadura es siempre estéril y negativo en todos los niveles de la vida humana, de la vida de los actores y agentes sociales. La hipercomplejidad democrática, los contrastes, los intereses sectoriales, las contradicciones de los diversos grupos, las cosas que pasan a través de los partidos, las grandes reivindicaciones de los movimientos, están fuera de los aspectos institucionalizados. Yo insisto mucho sobre eso porque creo que gran parte de la complejidad viene de ese magma de realidades que constituyen la sociedad moderna y que no pueden canalizarse en los partidos, las instituciones, el Estado, en lo que Hegel llamaba “sociedad civil”. En todas esas realidades en que se mueve la sociedad, y que en un contexto democrático se desencadenan, la sociedad civil empieza a tomar un carácter real, incisivo.

Por eso insisto en que hay que tener paciencia: actuar en canales o en sociedades altamente complejas como son las sociedades modernas significa aceptar que los canales decisionales se recalienten, que cuando hay un exceso de mensajes e información en un canal, el canal se satura y no responde más. Son las presiones de la sociedad civil. El Estado no es —como concibe la mentalidad residual de los individuos que han vivido mucho tiempo bajo las dictaduras— una cosa que nos viene dada, sino que cada uno de los agentes y actores sociales, todos los individuos, deben participar en este proceso de gobernar y cabalgar en la complejidad. Eso tiene una serie de presupuestos psicológicos e intelectuales; hay que tener imaginación de los procesos, de las dificultades que existen.

—Las sociedades civiles tienen cada vez más participación internacionalmente, sobre todo en las democracias. ¿No pensás que el desconocimiento de la complejidad, de los problemas con que se enfrenta el gobierno para poder llevar adelante su tarea puede ser uno de los factores fundamentales para que estos canales se sobrecalienten?

—La participación popular en las decisiones es muy importante, pero hay

también una participación ficticia, que algunas veces se ha fomentado, una participación que no parte de un conocimiento de los ciudadanos de lo que se debe decidir. Hay un problema de conciencia técnico-científica de masas, de conciencia proyectual de masas, para que puedan participar objetivamente en los procesos decisionales. También ahí interviene la educación; no es que todo el mundo tenga que transformarse en científico, técnico o intelectual, pero es necesario favorecer la creación a nivel de masas, poner a la gente en condiciones de participar, porque la ignorancia es siempre conservadora y reaccionaria. Cuando uno tiene diversas opciones sobre un tema que no conoce va al más convencional, al más simplista, al

tos y factores de la sociedad civil que luchan por cosas diversas deben hacerlo también por la modernización de los medios de comunicación. No debemos esperar pasivamente que el gobierno lo haga... Esa es la aventura democrática: que la gente contribuya con su crítica. Tal vez estoy idealizando demasiado el problema, pero ésta es la experiencia general, si hay un comportamiento pasivo uno tolera todo, no reacciona constructivamente. El problema de la Argentina es que no tiene una experiencia adquirida, en los últimos cincuenta años han pasado varias generaciones que no han tenido una democracia plena.

—Pero hay un problema, que es que la gente no se siente representada prácticamente por ninguna de las institu-

fuerzas políticas organizadas, las que realmente controlan todas las operaciones. Por ejemplo, la famosa discusión sobre el divorcio en Italia: había cautela por parte de las fuerzas políticas favorables al divorcio por el problema de los católicos. Creían que existía un absoluto control de la Iglesia sobre los católicos, y que ellos iban a estar en contra del divorcio. Lo mismo ocurrió con el aborto. Pero el referendun demostró que la gente da prioridad a sus problemas existenciales o a problemas que siente como individuo o como grupo más que al hecho de pertenecer a alguna agrupación política organizada. Lo más curioso es que eso no significa empezar una ideología del anti-partido o de las anti-instituciones, pero no acep-



“Se tiende a subestimar la inercia de las organizaciones precedentes.”

más conocido, que normalmente es el más conservador. Por eso uno de los problemas de la democracia es el de crear una conciencia de los problemas, un conocimiento serio; para mí no hay participación democrática basada en la ignorancia.

No sólo del gobierno vive el hombre

—Ahora, la única manera de que la sociedad civil puede evaluar la realidad para tomar decisiones correctas es a través de la comunicación masiva. Si entendemos que los medios de comunicación masiva están en manos de los mismos sectores que siempre los han tenido, ¿cómo se puede lograr que se opere este cambio, sin alguna clase de acción concreta del gobierno?

—Yo rechazo esa visión de que todo mejoramiento de las cuestiones relativas a la comunicación de masas tenga que partir de decisiones exclusivamente gubernamentales o que solamente el gobierno tenga que asumir responsabilidades surgidas espontáneamente de él; creo que es la acción de los grupos de presión, la sociedad civil la que debe avanzar para cambiar los medios de comunicación de masas. Hay que abandonar esa mentalidad pasiva.

—En este caso los grupos de presión serían los partidos políticos?

—Sí, pero no solamente los partidos políticos. Todos los grandes movimien-

ciones existentes. Hubo una opción democrática sin un trabajo previo para la elección de los candidatos, los diputados, los senadores, y cada vez se nota un mayor descontento, especialmente en la juventud. Pareciera que la sociedad funciona por un lado y el establishment por otro.

—Es un problema muy similar al que existe en Italia. Las grandes organizaciones, los partidos, los sindicatos, muestran una particular insensibilidad a lo que realmente ocurre en la sociedad. Actualmente los partidos italianos están preocupados por cómo se puede absorber la realidad, todo lo que no es organización en la sociedad. En Alemania aparecieron los “verdes” —un partido ecológico— que demostró ser una fuerza importante; pasó de tener el cinco al siete por ciento de los votos. Es una agrupación política, también institucional, que ha tratado de absorber una serie de formas de protesta de la sociedad que no eran nunca percibidas por los partidos.

—Pero parece que las organizaciones o los partidos políticos siguen considerando en la política sólo la economía o los problemas sociales conflictivos, sin ver un montón de aspectos que interesan a la sociedad.

—Existe internacionalmente una tendencia, que ahora se va modificando, a subestimar la importancia de una serie de reivindicaciones y propuestas que vienen de la sociedad civil. Y creo que continúan siendo las instituciones, las

tan la ideología cuando se tocan temas que ellos consideran fundamentales para su vida. Y no significa que con ese acto han traicionado o manifestado deslealtad.

La sociedad civil funciona horizontalmente a través de las instituciones, que son realidades verticales. En el caso del divorcio, un ochenta por ciento de la población lo aceptó, porque los católicos no se interesaron por lo que decía la Iglesia, sino que había otros problemas: familias frustradas, destruidas por la emigración, o hijas de campesinos que morían tratando de improvisar abortos. Lo mismo sucede con otras preocupaciones, como la emancipación de la mujer o sus derechos. Son cosas que funcionan horizontalmente, pero no necesariamente contra los partidos o las instituciones. Hay un sector mínimo de la población italiana que no vota más, pero es gente muy cercana al fascismo. La democracia pasa por las grandes instituciones y agrupaciones institucionalizadas, pero también consiste en lo otro, en lo que no es eso. Porque cada grupo humano se va constituyendo por procesos de simpatía o de idiosincrasia. En la Universidad, algunos se escandalizaron porque hablé de aborto, de homosexualidad. Hay que reconocer también a la gente que quiere vivir fuera de las instituciones, como los hippies. Tenemos que reconocer el derecho de la gente de hacer su propia vida. Naturalmente, eso agrega complejidad.

Y con respecto a este momento de la

realidad argentina, creo que es importante para el proceso democrático seguir con atención a la sociedad civil. En las organizaciones se encuentra con frecuencia gente que piensa del mismo modo sobre determinados argumentos y pertenece a partidos distintos.

—Como en el caso del plebiscito...

—Yo creo que el plebiscito es uno de los tantos instrumentos para la democracia, pero la democracia no es solamente plebiscitaria. Yo creo que se puede combinar los elementos del sistema electoral tradicional —que pasa a través de las organizaciones— con el referendun sobre ciertos problemas fundamentales. Una democracia plebiscitaria no solamente es lenta, sino que crea además un nerviosismo que es destructivo... Por otra parte, recuerda viejas ideas plebiscitarias de los nazis: el sistema electoral no sirve, el parlamento no sirve, entonces se hacen plebiscitos. Hay que tener otros filtros, y usar el referendun para temas fundamentales; problemas territoriales, paz o guerra, organización de la familia, divorcio... Yo personalmente creo que es necesario hacer un referendun sobre el Beagle, porque implica cuestiones muy delicadas, prácticamente la paz o la guerra.

Subordinación: la peor herencia

—¿Qué relación encontrás entre el estado en que estaba Alemania en la pos-

tiene que ser activa en el proceso. No es que los alemanes hayan superado totalmente esa tradición, pero han evolucionado. Cuando las organizaciones partidarias y el Estado no son sensibles a los problemas de la gente, se crea una situación explosiva que lleva también a formas de terrorismo: no hay modo de canalizar procesos de la sociedad civil, los movimientos no encuentran salida a las tensiones que tiene la gente por problemas concretos. La gran operación de la democracia avanzada —esto es parte de la experiencia política en estos meses y de la necesaria en los próximos— es que empiece a propiciar una mayor presencia activa de los ciudadanos, que la gente no esté pasiva, lo cual viene de la tradición de la dictadura, del temor. Hay que reactivar a la gente en el camino democrático, darle tiempo a desarrollar el espíritu crítico, pero al mismo tiempo la tolerancia y la paciencia.

—¿Cómo trazás el límite de la tolerancia y la paciencia entre una lentitud necesaria para concretar ciertas operaciones y una lentitud que pueda interpretarse como un retraso?

—Mi óptica, más fría, más distante, me permite ver ciertas cosas en estos ocho o nueve meses de gobierno democrático. En el área económica, a pesar de cierta intransigencia sindical para comprender las dificultades y encontrar posiciones más flexibles, mi impresión al hablar con la gente —y no sólo con los intelectuales— es que hay una mayor madurez. Nos han dejado el país

sus nietos, sus hermanos, y tiene una actitud de impaciencia psicológicamente justificada; pero al mismo tiempo la justicia, en todas partes —y esta Justicia

que dice no estar suficientemente reformada— es lenta, y me parece justo que no dé libre espacio a procesos apresurados, sin un análisis muy riguroso de pruebas y contrapruebas, respetando todas las reglas de juego de la Justicia. Esa lentitud puede exasperar y puede dar lugar a interpretaciones de que se hacen las cosas muy largas y lentas para que la gente comience a olvidarse lentamente. Esa sospecha tiene su raíz en la desesperación de la gente.

—Creo que esto excede el marco específico de las organizaciones de derechos humanos o la gente que ha perdido algún familiar: gran parte de la sociedad hoy no se encuentra conforme con el proceder de la Justicia. Una cosa es la lentitud propia del sistema judicial y otra es una especie de diseño, dado hasta por la calidad de la Suprema Corte de Justicia, que está integrada por gente del Proceso.

—Yo no creo que una democracia sana pueda basarse en una justicia no cumplida, en la ignorancia de los crímenes cometidos. Fue la solución española, que ha traído muchísimas dificultades en el desarrollo de su democracia. No se puede diluir el efecto de la Justicia, porque la democracia presupone una base moral fuerte en los individuos,



“La democracia no puede basarse en la justicia no cumplida.”

guerra y la situación actual de Argentina?

—Alemania ha tenido una gran tradición estatal y centralizadora, un Estado con poder absoluto sobre toda la organización de la vida. Eso ha provocado la mentalidad del subordinado, que tiene un respeto exagerado por el Estado. Esa era la herencia más negativa que existía en Alemania, una estructura mental que llevaba siempre a los individuos a pensar todo en términos de subordinación al Estado y a las instituciones y organizaciones. Todo lo que no pasaba a través de éstas era sospechoso o no se creía. Ahora hubo un proceso inverso: la gente tiene que colaborar, comprender,

destruido, en total demolición; no es este gobierno el responsable de que ahora no podamos resolver el problema de la deuda externa y la gran inflación. Existe además el problema de las huelgas, disciplinadas o no... Pero no dejarse irritar por las huelgas es también parte de la tolerancia democrática. Yo creo percibir en el área económica un sentimiento de mayor solidaridad. Otro problema muy distinto es el de la justicia. Es tal la emotividad que recae sobre ese problema, lo que este pueblo ha sufrido —se ha masacrado a treinta mil personas— que no es un ámbito muy apto para la marcha normal de la Justicia en un Estado de derecho. La gente ha perdido a sus hijos,

una confianza en el sistema. La prolijidad y el rigor en los procedimientos de la Justicia nunca pueden ser suficientemente exagerados, porque si no se empiezan a cometer actos arbitrarios que otra vez comprometen la fuerza moral de las instituciones, entonces se vuelven a cometer injusticias. Yo no creo que la actitud tomada con respecto al personal judicial haya tenido como objetivo volver inoperante el proceso de la Justicia.

—¿Pero coincidís en que aunque no exista esa voluntad, el diseño puede derivar en esto?

—Sí, puede ser, pero habría que conocer y juzgar todos los argumentos

esgrimidos en ese sentido. En la extraordinaria dimensión que tiene el aparato de la Justicia, puedo imaginar que hay sobrevivientes de ese sistema, tal vez también en niveles elevados. Pero hay que conocer las dificultades: algunas cosas pueden haber sido graves errores y en otros casos puede no haberse encontrado sustituciones, o no haber querido paralizar la Justicia en tanto estructura total, porque en ningún país que ha salido del fascismo o de un gobierno militar se ha tirado el Poder Judicial en bloque. Otro gran tema es la Universidad: alguna gente se queja porque no ha sido puesta entre las prioridades. Hay que comprender que hacer política es establecer prioridades, no se pueden atacar todos los problemas al mismo tiempo. Lo mismo sucedió con los de-

tes que ha dejado la dictadura, las formas mentales de la gente, las actitudes...

—Esto no va a cambiar de un día para el otro, pero si están amparados por una legislación que les dé impunidad...

—Ese el problema de cambiar la legislación, para eso está el Parlamento. También sucede que acá hay un gobierno democrático, pero no hay un consenso general, hay una oposición poderosa. No todas las cosas que se le ocurren al gobierno las puede hacer. La democracia tiene aspectos vulnerables.

Me ofrecés un tema como diseñador. Si tengo un área de gran complejidad y quiero resolver problemas en su interior, recorro a la factorización, comienzo a afrontar separadamente una serie de problemas, estableciendo prioridades. Es el procedimiento clásico. Hay te-

nera. A mí me parece que parte de la tolerancia y el respeto a los juegos democráticos, de crear la aventura democrática, es reconocer la necesidad de un equipo de hacer sus experiencias. El gobierno también tiene que pasar por una fase de autorregulación: recibir las críticas, aquello en lo que pudiera estar equivocado. Esa autorregulación o retroacción no se produce simplemente a través de la contemplación de los hombres de gobierno de su propio operar, sino que debe ser también el resultado de la opinión pública.

—¿Cómo ves a la Argentina en el tablero mundial, en la situación política global?

—El problema de la Argentina está en el área económica: la deuda externa y la salida a los mercados internacionales.



“La arquitectura no debe ser concebida independientemente de los procesos de la sociedad.”

rechos civiles, con el divorcio... Las prioridades son los grandes problemas que tiene el país en este momento, la deuda externa, la Justicia...

—Pero si la sociedad civil no tiene posibilidad de expresión y no se observan los derechos civiles, es más difícil la participación.

—Pero me parece justo que no se hayan querido poner todos los problemas sobre la mesa, abarcar todas las variables. Muchos países han tenido dificultades de fondo por haber dado rienda suelta a esos impulsos destinados a afrontar todo, a hacer una gran transformación.

Inercia y participación

—Vos sos un diseñador. Si tenés que diseñar una política que avance hacia una democratización, sabés que vas a tener todas las fuerzas antidemocráticas tratando de frenar el camino. Si dejás mecanismos en la convivencia cotidiana —hablando de las libertades civiles— que impidan que la gente pueda defenderse, expresar sus ideas, estás impidiendo que la sociedad civil se defienda de los poderes que habitualmente frenan el proceso democrático.

—Sí, pero lo que yo critico en estas actitudes es la tendencia a subestimar la inercia de las organizaciones preceden-

te de sistemas y especialistas en teorías de decisiones que dicen que si tomo un fragmento de este sistema y trato de resolverlo primero, y después ir a otro, ese sector no es el mismo sector que en el interior del sistema, porque hay todo un complejo de interrelaciones. Además existe el peligro de que mientras me ocupo de una parte, las otras continúen en un proceso de degradación y luego no se sepa cómo atacarlas. Si yo hubiera tenido que afrontar una situación de este tipo hubiera tratado de establecer una serie de prioridades y tener una gran fuerza expansiva. Hubiera dejado necesariamente de lado algunos aspectos, pero sin abandonarlos totalmente.

—En ambos casos, se ve a un grupo de gente mirando sobre un tablero y opinando sobre cómo operar sobre él. ¿No sería tal vez mejor diseñar algún sistema de comunicación entre los distintos sectores donde estos sectores, con sus propios poderes y representaciones vayan diseñando su futuro, y simplemente establecer reglas del juego que impidan la violencia y los mecanismos de abuso?

—Es verdad, pero acá también hay una clase dirigente, un grupo de gobierno que está haciendo su experiencia. No se debe descartar que después, lentamente, lleguen a la conclusión de que es mejor atacar los problemas de otra ma-

Existe una insensibilidad internacional, un cierto egocentrismo por parte de los países europeos y de los Estados Unidos, que tienden sobre todo a ocuparse de sus propios problemas y a salvar su propia economía. Hay que comprender que también en Europa están sufriendo la presión económica de los Estados Unidos; se encuentran en dificultades por la política internacional norteamericana. El gran problema ahora es tratar de encontrar un acuerdo internacional, que implica la redistribución de los roles. Porque, evidentemente, de esta manera se está creando una situación de “terreno minado”, con posibilidades de explosión en todas partes, que no puede contribuir a la estabilidad del sistema capitalista internacional.

En el panorama internacional, resulta evidente que Argentina es un país de grandes recursos. Yo tengo esperanzas de que las cosas puedan resolverse, si se logra vivir todavía algunos años más en democracia, si se logra consolidar una democracia.

Gabriel Levinas
Redacción: Andrea Ferrari
Fotos: Daniel Jurjo